

Capítulo 3: Arrepentimiento

¿Cómo puede una persona ser puesta en paz con Dios? ¿Cómo puede un pecador ser hecho justo? Solo por medio de Cristo podemos encontrar armonía con Dios y ser santificados. Pero, ¿cómo hemos de venir a Cristo?

Muchas personas están haciendo esta pregunta. Multitudes en el día de Pentecostés vieron cuán pecadores eran. Preguntaron a Pedro y a los otros apóstoles: «¿Qué haremos?» (Hechos 2:37).

Pedro dijo: «Cada uno de ustedes debe apartarse de sus pecados» (versículo 38). Pocos días después respondió la misma pregunta diciendo: «Arrepiéntanse, pues, y conviértanse a Dios» (Hechos 3:19).

Arrepentirse significa estar triste por el pecado y apartarse de él. No renunciaremos al pecado a menos que veamos cuán pecaminoso es. No habrá un cambio real en nuestras vidas hasta que dejemos de amar el pecado y decidamos apartarnos de él.

Muchas personas no entienden realmente el verdadero arrepentimiento. Millones están tristes por haber pecado. Incluso cambian sus caminos, porque temen que su maldad les cause sufrimiento. Pero esto no es verdadero arrepentimiento; no es la clase del que habla la Biblia. Estas personas están tristes porque el pecado puede hacerlas sufrir, pero no están tristes por el pecado en sí mismo.

Esau estuvo triste por perder para siempre la bendición y las riquezas de su padre a causa de su pecado. Balaam tuvo miedo cuando vio al ángel de pie en su camino con una espada en la mano. Dijo: «He pecado», porque temía perder la vida. Pero no estaba realmente triste por su pecado. No cambió de parecer ni sintió terrible pesar por su plan maligno.

Judas Iscariote vendió a su Señor a los que planeaban matarlo. Entonces clamó: «¡He pecado entregando a la muerte a un hombre inocente!» (Mateo 27:4). Esta confesión fue arrancada de su corazón culpable por un terrible temor al castigo. Tenía miedo de tener que sufrir por lo que había hecho, pero no sintió

un dolor profundo y desgarrador por vender al perfecto Hijo de Dios para que muriera. No estaba triste por haberse apartado de Jesús, el Santo de Israel.

Cuando Faraón, rey de Egipto, estaba siendo castigado por Dios, estuvo dispuesto a decir que había pecado. Quería escapar de más dolor y pérdida. Pero se volvió contra Dios nuevamente tan pronto como cesó el sufrimiento.

Todos estos hombres estaban tristes de que el pecado hubiera traído malos resultados, pero no estaban tristes por el pecado en sí mismo.

Cuando cedemos a la influencia del Espíritu de Dios, la conciencia es despertada. Empezamos a ver cuán amplia y sagrada es la santa ley de Dios, y que es la base del gobierno de Dios en el cielo y en la tierra. Jesús, «la luz verdadera que alumbra a todo hombre» (Juan 1:9), brilla en los lugares secretos de nuestra mente y saca a la luz los pensamientos ocultos. Vemos cuán justo es Dios, y sentimos miedo de venir, culpables e inmundos, ante el Escudriñador de los corazones. Entonces vemos el amor de Dios, la belleza de Su santidad y el gozo de Su pureza. Deseamos ser purificados para poder ser amigos de Dios nuevamente.

La oración de David después de haber pecado gravemente nos muestra cómo es el verdadero dolor. Su arrepentimiento fue sincero y profundo. No trató de hacer que su mala acción pareciera pequeña. No trató de escapar de las consecuencias de lo que había hecho. David vio que su pecado era grande y que su corazón era impuro. Aborreció su pecado. Oró no solo por el perdón sino por un corazón limpio. Anhelaba el gozo de la santidad: ser restaurado a la armonía con Dios. Escribió: «Dichoso aquel a quien se le perdonan sus transgresiones, a quien se le borran sus pecados. Dichoso aquel a quien el Señor no le toma en cuenta su maldad, y en cuyo espíritu no hay engaño» (Salmo 32:1, 2).

«Ten compasión de mí, oh Dios, por tu gran amor; por tu inmensa misericordia, borra mis rebeliones!... Reconozco mis transgresiones; siempre tengo presente mi pecado... Lávame de mi maldad y quedaré limpio; lávame, y quedaré más blanco que la nieve... Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva la firmeza de mi espíritu... Devuélveme la alegría de tu salvación, y que

un espíritu obediente me sostenga... Líbrame de la muerte, oh Dios, y yo proclamaré con alegría tu justicia» (Salmo 51:1-14).

El arrepentimiento de esta clase está más allá del alcance de nuestro propio poder. Viene solamente de Cristo, quien subió al cielo y nos ha dado dones espirituales.

Muchas personas no entienden el arrepentimiento, por lo que no reciben la ayuda que Cristo quiere darles. Piensan que no pueden venir a Cristo a menos que primero se arrepientan. Creen que el arrepentimiento prepara el camino para el perdón de sus pecados.

Es cierto que una persona debe arrepentirse antes de ser perdonada, porque solo cuando uno está verdaderamente triste por su pecado sentirá la necesidad de un Salvador. Pero, ¿debe el pecador esperar hasta haberse arrepentido antes de poder venir a Jesús? ¿Debe la necesidad del arrepentimiento mantener al pecador alejado del Salvador?

La Biblia no enseña que el pecador deba arrepentirse antes de poder aceptar la invitación de Cristo: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso» (Mateo 11:28).

La gracia de Cristo, Su poder, lleva a una persona al verdadero arrepentimiento. Pedro dejó esto claro cuando dijo de Jesús: «Dios lo exaltó a su derecha como Príncipe y Salvador, para darle a Israel el arrepentimiento y el perdón de pecados» (Hechos 5:31), KJV. El Espíritu de Cristo nos guía al arrepentimiento y a ser perdonados por Dios.

Todo deseo correcto proviene de Cristo. Él es el único que puede hacernos aborrecer el pecado. Cada vez que sentimos un deseo de verdad y pureza, cada vez que vemos nuestra propia pecaminosidad, podemos saber que el Espíritu Santo está obrando en nuestros corazones.

Jesús dijo: «Pero yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo» (Juan 12:32). Cristo debe ser mostrado al pecador como el Salvador que murió por los pecados del mundo; y al ver al Hijo de Dios en la cruz del Calvario

comenzamos a entender el plan de Dios para salvarnos. Entonces la bondad de Dios nos guía al arrepentimiento. Cuando Cristo murió por los pecadores, mostró un amor demasiado grande para que lo entendamos. Pero al ver este amor, toca nuestros corazones y afecta nuestras mentes, y nos entristecemos por nuestro pecado.

A veces los pecadores se sienten avergonzados de sus malos caminos y dejan algunos de sus malos hábitos. Hacen esto incluso sin saber que están siendo atraídos a Cristo. Pero cada vez que tratan de cambiar sus caminos porque tienen un deseo sincero de hacer lo correcto, es el poder de Cristo lo que los está moviendo. Su Espíritu está influyendo en sus mentes y ayudándoles a vivir mejores vidas.

Cuando Cristo atrae a los pecadores a mirar Su cruz y ver que sus pecados causaron Su muerte, sus conciencias son perturbadas. Entonces ven cuán terribles son sus pecados. Comienzan a entender algo de la justicia de Cristo. Claman: «¿Qué es el pecado? ¿Por qué tuvo que morir Cristo? ¿Fue requerido todo este amor y sufrimiento para salvar nuestras vidas? ¿Sufrió Él todo esto para que nosotros pudiéramos tener vida eterna?»

El pecador puede resistir el amor de Dios y negarse a ser atraído a Cristo, pero si no resiste, será atraído a Él. Aprenderá sobre el plan de Dios para salvar a los pecadores. Vendrá a la cruz y se arrepentirá de los pecados que causaron los sufrimientos del amado Hijo de Dios.

El mismo Dios que controla la naturaleza habla a los corazones de las personas. Les da un gran deseo por algo que no tienen. Las cosas del mundo no pueden satisfacer este deseo. Dios está diciendo a las personas que encuentren la gracia de Cristo y el gozo de la santidad. Solo estas cosas pueden traer paz y descanso.

Nuestro Salvador está tratando todo el tiempo de apartar las mentes de las personas de los placeres mundanos hacia las bendiciones maravillosas que Cristo puede dar. A estas personas que están tratando de encontrar agua en los pozos

secos del mundo, Él dice: «Venga el que tenga sed; y el que quiera, que tome gratuitamente del agua de la vida» (Apocalipsis 22:17).

Si tienes un deseo por algo mejor de lo que el mundo puede dar, esto es Dios hablándote. Pídele que te dé arrepentimiento y te muestre a Cristo en Su amor infinito y perfecta pureza.

La vida del Salvador hace evidente que la ley de Dios se basa en el amor a Dios y a las demás personas. Ser desinteresado, amoroso y bondadoso fue para lo que Jesús vivió. Así que, al mirar a nuestro Salvador y la luz de Él cae sobre nosotros, vemos cuán pecadores somos realmente.

Podemos sentir, como Nicodemo, que nuestras vidas son buenas y que no necesitamos humillarnos ante Dios como un pecador común. Pero cuando la luz de Cristo brilla en nuestros corazones, vemos que no somos puros. Vemos que somos enemigos de Dios y que cada acto de la vida es egoísta. Cuando veamos Su justicia, sabremos que «aún nuestras mejores acciones están sucias de pies a cabeza» (Isaías 64:6). Solo el sacrificio de Cristo puede quitar nuestros pecados y limpiarnos. Solo Cristo puede cambiar nuestras vidas hasta que seamos como Él.

Un solo rayo de luz de la gloria de Dios muestra cada mancha y debilidad en nuestro carácter. Una breve vista de la pureza de Cristo hace que nuestras vidas parezcan inmundas. Muestra claramente que tenemos deseos malignos, corazones infieles y lenguaje impuro. Vemos que no estamos obedeciendo la ley de Dios. Mientras el Espíritu de Dios escudriña nuestros corazones, nos sentimos infelices con nosotros mismos. Miramos el carácter sin mancha de Cristo y aborrecemos nuestros malos caminos.

El profeta Daniel fue visitado por un ángel del cielo. La gloria brilló alrededor del ángel, y Daniel fue abrumado al pensar en su propia debilidad y falta de perfección. Escribió: «Me quedé sin fuerzas, y mi rostro se demudó hasta quedar irreconocible» (Daniel 10:8).

Cualquier persona que vea esta gloria del cielo aborrecerá su propio egoísmo y amor propio. Buscará la pureza de corazón mediante la justicia de Cristo. Querrá guardar la ley de Dios y tener un carácter semejante al de Cristo.

Pablo escribió sobre su propia justicia: «En cuanto a la justicia que se basa en la ley, fui intachable» (Filipenses 3:6). Cuando solo observaba las palabras de la ley y luego miraba su vida, no podía ver falta en sí mismo. Pero cuando miró el significado profundo de la ley, se vio a sí mismo como Dios lo veía. Se inclinó y confesó su culpa.

Pablo escribió: «Por eso me sentía bien mientras no entendía lo que la ley realmente exigía. Pero cuando aprendí la verdad, me di cuenta de que había quebrantado la ley y era un pecador, condenado a morir» (Romanos 7:9). Cuando Pablo vio cuán santa era la ley, el pecado parecía terrible. Ya no se sentía orgulloso, sino humilde.

Dios no considera todos los pecados igualmente malos. Para Él, como para nosotros, algunos pecados son peores que otros. Pero aunque algunos actos incorrectos nos parezcan pequeños, ningún pecado le parece pequeño a Dios. El juicio humano es a menudo erróneo, pero Dios ve las cosas como realmente son. La gente desprecia a un borracho y dice que su pecado lo mantendrá fuera del cielo. Pero a menudo estas mismas personas no dicen nada contra el orgullo, el egoísmo y la codicia. Sin embargo, estos son pecados que ofenden especialmente a Dios porque son tan diferentes de Su carácter amoroso. El amor desinteresado llena cada corazón en el cielo.

Una persona que comete un gran error y peca puede sentirse avergonzada. Puede sentir que necesita la gracia de Dios. Pero una persona orgullosa no siente necesidad, por lo que cierra su corazón contra Cristo y las bendiciones maravillosas que Él vino a dar.

Jesús contó una vez la historia de un cobrador de impuestos que inclinó la cabeza y dijo: «Dios, ten piedad de mí, que soy pecador» (Lucas 18:13). Se consideraba a sí mismo un hombre malvado, y otras personas lo veían de la misma manera. Pero sintió su necesidad de un Salvador y vino a Dios con su carga de pecado y vergüenza. Pidió la misericordia de Dios. Su corazón estaba abierto para que el Espíritu de Dios entrara y lo liberara del poder del pecado.

Entonces Jesús contó acerca de un fariseo que agradecía a Dios no ser como los demás hombres. La oración del fariseo mostraba que su corazón estaba cerrado contra el Espíritu de Dios. Debido a que estaba muy lejos de Dios, no veía cuán pecador era. No comparaba su vida con la santidad de Dios. No sentía necesidad, y no recibió nada.

Si vemos que somos pecadores, no debemos esperar a hacernos mejores. No debemos pensar que no somos lo suficientemente buenos para venir a Cristo. ¿Podemos esperar mejorar solo con intentarlo, con nuestras propias fuerzas? «¿Puede el etíope cambiar su piel, o el leopardo sus manchas? Si pudieran, entonces ustedes, que están acostumbrados a hacer el mal, podrían aprender a hacer el bien» (Jeremías 13:23).

Dios es el único que puede ayudarnos. No debemos esperar a que alguien nos ruegue que cambiemos, ni a que tengamos una mejor oportunidad, ni a que controlemos nuestro mal genio. No podemos hacer nada por nosotros mismos. Debemos acercarnos a Cristo tal como somos.

Nuestro Padre celestial es un Dios de amor y misericordia. Pero no debemos pensar que nos salvará si nos apartamos de su gracia. La cruz de Jesús muestra cuán terrible es el pecado. Cuando la gente dice que Dios es tan bondadoso que no rechaza al pecador, deberían mirar la cruz. Solo mediante el sacrificio de Cristo podemos ser salvos. Sin este sacrificio no podríamos escapar del poder del pecado. Sin él, no podríamos compartir el cielo con los ángeles. Sin él, no podríamos tener vida espiritual.

Para salvarnos, Cristo tomó sobre sí nuestra culpa y sufrió en nuestro lugar. El amor, el sufrimiento y la muerte del Hijo de Dios nos muestran cuán terrible es el pecado. También nos dicen que la única manera de escapar del pecado es acercarse a Cristo. Nuestra única esperanza de vida en el cielo es entregarnos al Salvador.

Los pecadores a veces se excusan diciendo de las personas que afirman ser cristianas: “Soy tan bueno como ellos. No actúan mejor que yo. Aman el placer tanto como yo. Les encanta complacerse a sí mismos”.

De esta manera, los pecadores hacen de las faltas de los demás una excusa para no cumplir con su propio deber. Pero los pecados y las debilidades de los demás no eximen a nadie de responsabilidad, pues el Señor no nos ha pedido que tomemos a los pecadores como ejemplo. El Hijo de Dios, sin mancha, nos ha sido dado como ejemplo. Quienes se quejan de las malas acciones de otros deberían mostrar ellos mismos una mejor manera de vivir. Si saben cómo debe actuar un cristiano, ¿acaso su pecado no es mucho mayor? Saben lo que es correcto, pero se niegan a hacerlo.

No debemos demorar en apartarnos del pecado y acercarnos a Jesús. Debemos buscar un corazón puro a través de Él. Miles y miles de personas han cometido el error de esperar, y les ha costado la vida eterna.

La vida en la tierra es corta y nada segura. No pensamos con la suficiente frecuencia en el terrible peligro de demorar en responder a la voz del Espíritu Santo de Dios. Demorar en obedecer a Dios es, en realidad, elegir vivir en pecado. E incluso los pecados pequeños son peligrosos. Los pecados que no vencemos nos vencerán y nos destruirán.

Adán y Eva se dejaron engañar creyendo que comer del fruto prohibido era un asunto tan insignificante que no podía causar las terribles consecuencias que Dios había anunciado. Pero este asunto “pequeño” era desobedecer la ley santa e inmutable de Dios. La desobediencia separó a la humanidad de Dios y permitió que el dolor y la muerte entraran en el mundo. Siglo tras siglo, un lamento incesante se ha elevado desde la tierra. El mundo entero sufre porque el hombre desobedeció a Dios. El mismo cielo ha sentido las consecuencias. Cristo tuvo que morir en el Calvario porque el hombre quebrantó la ley divina. Nunca consideremos el pecado como algo insignificante.

Cada pecado, cada alejamiento de la gracia de Dios, endurece nuestros corazones. Nos lleva a tomar malas decisiones. Nos impide comprender el amor de Dios. El pecado nos hace menos dispuestos a obedecer, menos capaces de someternos al Espíritu Santo de Dios.

Muchas personas saben que están obrando mal, pero no cambian su comportamiento. Creen que pueden cambiar cuando quieran. Piensan que pueden apartarse de Dios una y otra vez y aun así escuchar su llamado a la misericordia. Siguen a Satanás, pero planean volverse rápidamente a Dios si les sucede algo terrible. Pero esto no es fácil. El pecado cambia los deseos y hábitos de una persona.

Una vez que el pecado ha moldeado nuestro carácter, pocos desean ser como Jesús. Incluso un solo defecto o un deseo pecaminoso al que no renunciemos acabará impidiendo que el poder del evangelio nos transforme.

Cada vez que cedemos ante Satanás, nos alejamos más de Dios. Una persona que finalmente no escucha ni obedece la palabra de Dios está cosechando las consecuencias de sus propias decisiones. En la Biblia leemos la sabia pero terrible advertencia de Salomón sobre jugar con el mal. Él escribió: «Los pecados de los impíos son una trampa. Quedan atrapados en la red de su propio pecado». Proverbios 5:22.

Cristo está dispuesto a liberarnos del pecado, pero no nos obliga a dejar de pecar y elegir su camino. Si no deseamos ser libres, si no aceptamos su gracia, ¿qué más puede hacer? Nos destruiremos a nosotros mismos al apartarnos de su amor. Pablo escribió: «¡Escuchen! Esta es la hora de recibir el favor de Dios. ¡Hoy es el día de ser salvos!». «Si hoy oyen la voz de Dios, no sean tercos». 2 Corintios 6:2; Hebreos 3:7, 8.

Dios dijo que la gente «mira la apariencia exterior, pero yo miro el corazón». 1 Samuel 16:7. En nuestros corazones, con todas sus alegrías y tristezas, hay mucho de impuro y deshonesto. Pero Dios conoce nuestros deseos. Él sabe lo que queremos hacer. Debemos acudir a Él, manchados por el pecado, y abrirnos a sus ojos que todo lo ven. Deberíamos decir, como David: «Examíname, oh Dios, y conoce mi mente; pruébame y descubre mis pensamientos. Averigua si hay maldad en mí y guíame por el camino eterno». Salmo 139:23, 24.

Muchos de nosotros aceptamos a Dios con la mente, pero nuestros corazones no cambian. Deberíamos orar: «Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, y pon en

mí un espíritu nuevo y fiel». Salmo 51:10. Debemos ser honestos con nosotros mismos. Debemos ser tan sinceros en esto como si nuestras vidas estuvieran en peligro. Es un asunto que debemos resolver entre nosotros y Dios, y que debe resolverse para siempre. La esperanza sin acción no nos salvará.

Debemos estudiar la Palabra de Dios y orar. Su Palabra nos enseña acerca de la ley de Dios. Nos habla de la vida de Cristo y de cómo ser santos. «Esfuércense por vivir una vida santa, porque sin ella nadie verá al Señor» (Hebreos 12:14). La Palabra de Dios nos hace sentir lo terrible que es el pecado y nos muestra cómo ser salvos. Debemos escucharla y obedecerla, porque es Dios quien nos habla.

Al comprender lo terrible que es el pecado, nos vemos a nosotros mismos tal como somos. Pero no debemos perder la esperanza ni desanimarnos. Cristo vino a salvar a los pecadores. No necesitamos esforzarnos para que Dios sea nuestro amigo y nos ame. Él ya nos ama y está «haciendo amigos a todos por medio de Cristo» (2 Corintios 5:19).

Dios está atrayendo los corazones de sus hijos pecadores hacia sí mismo con su amor tierno. Él es mucho más paciente con nuestras faltas y errores que nuestros padres terrenales. Él quiere salvar a todos sus hijos. Él invita con dulzura y bondad al pecador a venir a Él y al extraviado a regresar. Todas las promesas de Dios, todas sus advertencias, nos hablan de su amor eterno.

A veces Satanás viene a nosotros para decirnos que somos grandes pecadores. Pero cuando viene, debemos mirar a nuestro Redentor y hablar de su poder y bondad. Al mirarlo a Él, Él nos ayudará. Le diremos a Satanás que sabemos que hemos pecado, pero «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores». 1 Timoteo 1:15. Podemos ser salvados por su amor perfecto.

Jesús le preguntó a Simón acerca de dos personas que debían dinero. Uno le debía a su amo una pequeña suma de dinero; el otro le debía una suma muy grande. El amo los perdonó a ambos. Cristo le preguntó a Simón cuál de los dos amaría más a su amo. Simón dijo: «Supongo que... será aquel al que más se le perdonó». Lucas 7:43.

Hemos sido grandes pecadores, pero Cristo murió para que pudiéramos ser perdonados. Su invaluable sacrificio vale lo suficiente para pagar por nuestros pecados. Quienes más son perdonados lo amarán más. Estarán más cerca de Él en el cielo y lo alabarán por su gran amor y su infinito sacrificio.

Cuando comprendemos plenamente el amor de Dios, vemos con mayor claridad cuán terrible es el pecado. Cuando vemos hasta dónde se ha inclinado para tocarnos y salvarnos, nuestros corazones se ablandan. Cuando comprendemos algo del sacrificio de Cristo, entonces nos arrepentimos verdaderamente de nuestros pecados y nuestros corazones se llenan de amor por Él.